



LA LIRA

PERIODICO QUINCENAL DE LITERATURA Y MÚSICA
DEDICADO AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

4 reales al mes.—Números sueltos 4 rs.

DIRECTOR

DON JOSE MARIA MONTES.

REDACCION:—San Nicolás 41, 3.º

ADMINISTRACION:—Acedo 87, bajo.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal (*Memphis*).—Sueños.—La Profetisa coruñesa, (por Teodosio Vesteiro Torres).—Los Francos-camineros, (Traducción del francés, por Manuel Rodríguez Santamarina, continuación).—Redención, (por Aureliano J. Pereira, continuación).—**POESÍAS.**—La Ausencia, (por J. Millán Astray).—Ilusión, (por Leonardo Mármol).—A Nieves, (por Tomás Fernández de Castro).—A Amelia, Anacreontica, (por Nicolás Taboada Fernández).—Flores y Mugerres, (por E. A. J. R.).—Miscelánea.—Correspondencia de LA LIRA.

SECCION MUSICAL.—Vals. Dedicado á la Sta. Doña Vicenta Rúa y Somoza, por D. Francisco Pillado. (Conclusion).

REVISTA QUINCENAL.

Pues señor, aquí teneis á un pobre diablillo metido como vulgarmente se dice, en calzas prietas, sin saber por donde ni como ha de dar los primeros acordes de la sinfonia de esta crónica; y no creais queridas lectoras que es por carencia de nuevas que participaros, no, porque afortunadamente esta quincena algo bueno hemos visto, y tambien malo, aunque de esto último debo prescindir en consideracion á que no es justo os recuerde espectáculos desgarradores que entristecen el alma.

Pediros que me dispenseis sea breve en mi relato, lo creo inoportuno, pues con razon me direis que abuso de las *dispensas*, y que me dirija al Nuncio. En tan critica situacion no me queda otro recurso, que lanzarme al proceloso mar de la chismografía, describiendo en primer término el gran festival que celebró en la noche del jueves el Círculo de Gimnasia y Esgrima.

Desde las ocho y media empezaron á concurrir las familias de los socios, muchas forasteras y demas personas invitadas, siendo recibidas á la entrada del salon por una comision de galantes jóvenes que hicieron á *meirveille* los honores de tan distinguida sociedad.

A las nueve la orquesta dirigida por el tan eminente como modesto profesor D. José Miguel, y compuesta de los Socios de mérito Rueda, Agramuntell, Oliva, Lagüela, Arias, Senande, Labadia, Rodriguez Santa-

marina y del acreditado profesor y pianista de Lugo don Juan Montes al que tenemos la satisfaccion de contar entre nosotros hace dias, interpretó con admirable afinacion y delicado gusto, la preciosa y difícil sinfonia del maestro Thomas, *Raymond* recibiendo dichos señores una salva de nutridos aplausos.

A los pocos minutos púsose en escena la lindísima comedia de costumbres, en un acto, *Ella es Él*, que fué hábilmente desempeñada por las señoritas Pequeño (doña Carlota), Valdivieso (doña Josefa), y los Sres. Castro (D. Pio), Millan y Astray, y Caula. Frenéticos aplausos coronaron el principio y fin de dicha produccion, y llamados al palco escénico tan eminentes aficionados fueron obsequiadas aquellas apreciables señoritas con bonitos ramos de flores.

La orquesta ejecutó despues y como principio de la 2.ª parte, un precioso vals de Olivier Metra titulado *La Vague* que agradó notablemente á la numerosa concurrencia. Dicho vals ha sido arreglado del piano para orquesta espresamente para la sociedad, por el jóven Señor Oliva.

Siguió el lindísimo coro del maestro Campana, *La Storia di Nerina*, arreglo debido á la galanteria del Sr. Montes (D. Juan), acompañado por la orquesta, entre la que figuraba al piano el jóven Sr. Veiga; habiendo sido cantado con maestria por los Señores socios que componen la seccion de música, y como era lógico muy aplaudidos.

La Sra. de Falconet, acompañada del coro de hombres, causó nuestra admiracion cantando magistralmente el aria de contralto y scena de la ópera de Rossini *La Cenicientola*. Aplaudida con verdadero entusiasmo, vióse obligada á salir al palco escénico á recibir nuevos y merecidos lauros.

El Sr. Montes (D. Juan) acompañó al piano tan precioso trozo de ópera, con tal exactitud y especial sentimiento, que dió á conocer su grande inteligencia musical.

Terminó la segunda parte con el conocido juguete cómico *La muger de Ulises*, en el que se distinguieron las Señoritas Pequeño y Acevedo (D.ª Prisca) y los Señores Hermita y Millan, siendo calurosamente aplaudidos.

Después de un pequeño intermedio, y con la maestría y encanto que he dicho en revistas anteriores interpretase por la Srta. Lola Acevedo, Sr. Laban y cuerpo de coros, el aria de tiple, miserere y duo de tiple y barítono de la acreditada ópera del maestro Verdi, *Il Trovatore*. Cuantas alabanzas pudiera hacer serian siempre insignificantes á lo que en verdad se merecen tan excelentes aficionados, y particularmente la Señorita Acevedo quien raya á una altura envidiable en el divino arte de Orfeo.

Para hacer el merecido elogio de todos y cada uno de los que en tan grata funcion han tomado parte, seria tarea larga para una reducida revista como tiene que ser la de nuestra publicacion. Sabeis muy bien lo mucho que valen las eminentes aficionadas al arte dramático y lírico Srtas. Acevedo, Valdivieso y Falconet, puesto que de ellas os he hablado en diversas ocasiones y nada mas justo que hoy consagre dos lineas á la tan apreciable como simpática Srta. Carlota Pequeño, la cual en su debut estuvo felicísima demostrándonos que mas que aficionada es una verdadera artista. Ingrato seria sino la felicitase sinceramente, como felicito á la Sra. de Falconet, Stas. de Acevedo y Valdivieso. A los del sexo *barbudo* nada les digo, porque estan ya convencidos de que mis palabras siempre seran benévolas, verdad es que si así no fuese dejaria de ser imparcial.

Sirviéronse con profusion dulces, refrescos de todas clases y sorbetes, y desde la una hasta las dos de la madrugada hubo baile.

Quisiera recordar el nombre de todas y cada una de las personas que animaron con su presencia tan brillante reunion, y solo citaré las que tengo en la memoria, rogando á las demas me dispensen su omision.

Entre las Señoras y Señoritas figuraban las de Acevedo, Enjuto, Falconet, San Martin, Arias, Montes, Peláez, Diana, Peña de Gimenez, Amor, Vazquez, Lopez, Diaz de Llorens, Gimenez, Fernandez, Rey, Bringas de Rey, Martinez, Perez, Gárate, Portal, Alonso de Lens, Alonso, Chantre, Otaño de Dominguez, Rodriguez Santamarina, Almeida, Macias, Tilve de Costales, Aguilar, Oliva, Letona, Veiga, Diaz de Veiga, Colon de Castro, Blanco, Oliva de Enjuto, Deus Oliva, Condesa de Gábia, Beracoichea, Pilunza, Echevarria, Moreno, Gallego, Garcia, Azua, Leviz, Corton, Gonzalez, Ramos, Nuñez, Mántaras, Lamas, Cirera, Llanderas, Vargas de Letona, Paz, Condesa de las Quemadas, Pequeño y Valdivieso.

El sexo masculino, lo representaban con otros muchos los generales Sres. Enriquez, Letona y Saenz del Court, ingeniero Letona, Sres. Garrido, Conde de Gábia, Portal, Carreño, Loureiro, Muñoz, Vilela, Fernandez, Ferrer, Munduate, Florez, Tapia, Alvarez, Enjuto, Veiga, Blanco, Zalvidea, Portal, Ferrer, Bullon, Ripamonti, Vazquez, Rey, Casanova, Cases, Bastos, Garcia, Morodo, Calderon, Rodriguez, Falconet, Goñi, Ramos, Rivera, Cirera, Caruncho, Ucha, Montes, Labadia, Martin, Caula, Dominguez, Salgueiro, Uson, Santamarina, Argudin, Nuñez, Oliva, Lopez, Pillado, Martinez, Amor, Lagüela, Martinez, Rueda, Castro, Moreno, Castro Arias, Bascuas, Arias, Senando, Hoefeld, Arza, Miguel, Vazquez, Alvarez, Llorens, Benaser, Perez Costales, Gimenez, Ocaña, Fernandez Calvete, Muñoz, Puga, Patiño, Figueras, Hermida, representantes de todas las sociedades de recreo, y de la prensa.

Ademas por la parte de la marina habia una inmensa concurrencia, que aprovechando lo grato de la noche paseaban por los soportales participando en algo del concierto.

Al terminar esta ligera reseña, cumple á mi deber felicitar al Círculo de Gimnasia, dándole al propio tiempo las gracias por su atencion en haberse acordado en sus invitaciones, de nuestra humildísima publicacion.

En la verbena de San Lorenzo os he visto admirar aquellos toscos arbustos que adheridos *espartanamente*, ó sea aprisionados con cuerdas de esparto á los macizos guarda-cantones del átrio de la iglesia de San Nicolás, se elevaban al cielo como pidiendo compasion para el que tal estravagancia habia inventado.

Creíme al principio que el fuerte viento que reinaba hiciese alguna *fechoria* dando en tierra con los *inaromáticos* pino, y *venecianos* faroles, pero llevéme chasco, como acostumbro á llevármelo en todas las cosas de este mundo de risas y desventuras.

De aquella *madama* y de aquel *muñeco* de fuego que á estilo de cualquier aldea inculta vimos girar sobre una estaca de madera, nada os diré; ni de los empujones que he recibido; ni de los *ojos de gallo* que me han aplastado; ni tampoco de algunas escenas amorosas que con asaz atencion he escuchado.

Pero lo que no puedo ni debo ocultar, es un diálogo que una pareja sostenia; diálogo triste, desgarrador, horrible...

—¿Se podrá saber la causa de tus desdenes?

—Jamás.

—Pero Luisa, ¿es posible que tan presto hayas dado al olvido tus promesas y juramentos?

—Caballero: haga el favor de retirarse que me está dando jaqueca su conversacion.

—¡Ingrata!

—¡Qué barbaridad!!

—Devuélveme las cartas.

—Las he quemado.

—El retrato.

—Lo he quemado tambien.

—Dame entonces la sortija.

—Se la he dado á mi criada.

—Eso solo me faltaba, ¡muger alevé!

Y la muger, que era una hechicera señorita muy conocida en los elegantes círculos de la sociedad coruñesa, lanzó una carcajada mas fria que... *un sorbele del Suizo*, giró sobre sus talones y díjole al aturdido joven con un acento mas agudo que la prima de un violin.

—Hasta la vista.

El joven no contestó.....

Al poco rato le hemos visto tomar lapiz y papel de uno de sus bolsillos, y escribir las siguientes frases:

—Oh! tu San Lorenzo, santo de mi vida, santo de mi devocion, querido santo..... sálvame del incendio que abrasa mi alma, apaga las llamas que devoran mi corazon apasionado.

En seguida que lo hubo firmado colocólo en uno de los globos que se elevaron al espacio, y á las horas en que escribo estas lineas no sé si habrá recibido la contestacion.

Prometí en la revista anterior deciros algo sobre la Exposicion regional de Santiago, y cumplo mi palabra si bien tratando exclusivamente del ramo de labores que es lo que á vosotras mas interesa, no debiendo extrañaros sea muy parco en la reseña, puesto que como sabeis, tengo que sugetarme á datos que me han suministrado.

Como procedentes de la Coruña han llamado la atencion por la habilidad con que estaban ejecutados, una relogera de terciopelo azul primorosamente bordada en oro, una camisa y dos pañuelos bordados cuyos efectos fueron presentados por la escuela superior normal.

Nuestra vecina la apreciable Srta. D.^a Sofia Maureso remitió tambien un precioso almohadon de terciopelo negro bordado de azul y oro, que he oido elogiar muchísimo.

La Sta. Rosario Miranda de Santiago, un caprichoso cuadro de abalorio, calcetado y representando por un

lado un bonito país y por el otro una lindísima virgen. La Sta. Enriqueta Sanjurjo, un retrato de S. M. el Rey D. Alfonso, bordado al lausi con gran parecido por ser copia de una fotografía.

Doña Angela Perez, de Orense, un cuadro en que hecho con infinitos pedazos de paño representaba un bonito ciervo.

De Vivero, ha presentado D.^a Antonia Gonzalez, dos relojas bordadas de oro á cual mas caprichosa, un acerico, una petaca, y un cuadro con flores hechas de escama de pescado, que ha llamado extraordinariamente la atencion, asi como dos floreros trabajados con paja por D. Carlos Neda.

De Pontevedra, D.^a Isabel Ház de Andreu, y la señorita D.^a Julia Ház, unos magníficos trabajos ejecutados con conchitas de mariscos, combinadas con un gusto esquisito.

La sordo-muda y ciega del colegio de Santiago Jacinta Losada y Rodriguez, una camisa de hombre divinamente cosida y planchada sin que nadie haya intervenido en sus trabajos, lo cual causó la admiracion de todos los que tuvieron el placer de verla, y prueba una vez mas lo conveniente que son las escuelas especiales; para tan desgraciadas criaturas.

Me voy estendiendo demasiado y creo conveniente no ser mas molesto; sin embargo, no dejaré de deciros que los Sres. D. Teodoro Coello Guzmán y D. Felipe Gonzalez, del Ferrol han presentado; el primero un magnifico navio construido de papel, y el segundo, un paisaje original hecho con cristal torcido é hilado.

Otras muchas labores habia de reconocido merito de las que siento no ocuparme hoy. Veremos si en la próxima revista puedo dáros las á conocer.

Adios simpáticas lectoras, sabeis os quiere hasta la muerte vuestro:

Memphis.

SUELTOS.

Un percance imprevisto, cual ha sido el haberse empastelado completamente dos planas al entrar el periódico en máquina, ha ocasionado la demora en la publicacion de este número.

A nuestro apreciable colega de Vigo *La Concordia* le ha sido impuesta por el alcalde de dicha ciudad, una suspension de ocho dias, lo cual nos ha causado un profundo disgusto, tanto mas cuanto que dicha publicacion no se posa sobre la candente arena de la política.

Toda la prensa de Galicia se ha ocupado de este incidente en favor del mencionado colega: esto debe probarle el aprecio en que todos le tenemos, y servirle á la par de verdadera satisfaccion.

Felicitemos á nuestra simpática colaboradora y poetisa Emilia Calé Torres de Quintero, por la benévola acogida que recibió de S. M. Alfonso XII en la entrevista que con él tuvo al entregarle tres tomos de sus *horas de inspiracion*, destinando dos de ellas á la Princesa y á su madre D.^a Isabel 2.^a Su autorasalió sumamente complacida, y nosotros tambien lo estamos por haber recaído ese obsequio en una de las mas preclaras hijas de Galicia. En el número próximo insertaremos la poesia que há leído delante de la augusta persona á quien estaba dedicada.

Con el título de *Album Becquer*, acaba de publicar el editor de música D. Antonio Romero, entusiasta admirador de las glorias españolas, una coleccion de ocho

melodías para canto con acompañamiento de piano, compuestas y dedicadas al Excmo. Sr. Conde de Morphi por el maestro D. Isidoro Hernandez, sobre poesias del malogrado vate sevillano; con cuya publicacion se propone el editor Sr. Romero, contribuir á popularizar y perpetuar las inspiradas rimas de tan preclaro escritor. Compónese de mas de 40 planchas, y su precio es muy reducido, pues se venden todas las melodías juntas á 40 reales en el almacen de música del editor, Preciados 1, Madrid.

Recomendamos tan preciosa obra á nuestras simpáticas suscriptoras.

Hemos tenido un verdadero placer en recibir en nuestra redaccion *El Diario de Santiago* al cual damos las gracias devolviéndole cariñosamente la visita.

Ha visitado nuestra redaccion la interesante revista de literatura y variedades que con el título de *La Semana*, se publica en Montevideo bajo la direccion de nuestro paisano D. José M. Riguera Montero. Al devolverle la visita le enviamos las gracias mas espresivas deseándole todo género de prosperidades.

LA PROFETISA CORUÑESA.

I.

El 28 de Abril de 1506 desembarcaron en la Coruña los reyes de Castilla D.^a Juana la Loca y D. Felipe el Hermoso, que venian de Alemania á tomar posesion de la corona de Isabel la Católica.

Hospedáronse los principes en el convento de Santo Domingo de la ciudad, y en este edificio ocurrieron los sucesos que refiere Zurita en el libro VI, capítulo 28 de sus Anales, tratando de las diferencias existentes entre el rey padre Fernando V y el esposo de D.^a Juana, su yerno.

Todo era animacion en la Coruña; con la estancia de los augustos huéspedes, y el tiempo trascurria alegremente para las clases populares, entregadas al público regocijo. No así para los grandes allí reunidos, quienes preveían serias tempestades próximas á estallar.

Los amigos de Fernando por una parte y los de Felipe por otra, diferian la entrevista de sus respectivos señores y valedores, y no perdían ocasion de humillarse y mortificarse los unos á los otros. A todo esto, D.^a Juana, disgustada desde el primer dia, se encerraba en sus aposentos semanas enteras, mientras su marido salía de caza, y vagaban por los corredores de Santo Domingo los nobles de España y los palaciegos flamencos empeorando las cosas.

Así se pasó un mes cabal.

II.

Cuenta Gil Gonzalez Dávila, en el capítulo 1.^o de su Teatro eclesiástico de Santiago, que una buena muger del pueblo de la Coruña, testigo de aquellas ocurrencias, harto notorias para todos, exclamó al ver á Felipe el Hermoso:

—«*Por mi fé, que este rey, mas tiempo andará por Castilla muerto, que vivo.*»

La profecía era bien singular, mas singular aun que el estado de los príncipes y del reino, y no es poco decir.

Al cabo, los regios consortes salieron de la Coruña, camino de Betanzos, el 28 de Mayo, con el aparato mas ostentoso, acompañándoles una lucidísima corte y una falange de dos mil infantes alemanes con la artillería de campaña.

Felipe vagó de Betanzos á Santiago, de aquí á Orense, á Verin despues, y en fin á la Puebla de Sana-bría, desapareciendo por Junio del territorio galáico.

Fugaz como el relámpago se deslizó la vida de Felipe el Hermoso. Dos meses despues de reconocido en Córtes, murió en Burgos el 25 de Setiembre de aquel mismo año.

Para que se cumpliera la predicción de la coruñesa, era precisa alguna circunstancia extraordinaria, pues que á los muertos se les entierra y no se les pasea.

Lo que tal vez podría sobrevenir por la guerra, la peste ú otra causa excepcional, sobrevino por el amor. Amor inmenso, entrañable, vivísimo, y por ende infortunado, como el de la desgraciada señora que vestía por Felipe las tocas de la viudez.

Doña Juana, *loca* de amor por quien no lo merecía, no quiso separarse del cuerpo inanimado de su esposo, y aquellos adorados restos siguieron insepultos las andanzas de la infeliz reina de Castilla.

Celosa, no solo de los vivos, sino también de la tierra, hacía retirar el cadáver de los conventos de monjas, lo velaba á toda mirada, y lo disputaba por el plazo mas largo posible á la tumba.

Cuando esta obtuvo su presa, habían trascurrido *tres años* desde la muerte de Felipe. Solo *cinco meses* vivió el rey en Castilla.

La profetisa coruñesa había leído en el porvenir.

T. Vesteiro Torres.

LOS FRANCOS-CAMINEROS.

TRADUCCION DEL FRANCÉS
POR

M. R. SANTAMARINA.
(Continuación.)

Capítulo III.

II.

Juan Camaille, hombre hábil y ladrón diestro, había comprendido que debía mostrarse lo mas amoroso posible para llegar á poseer el corazón de Maria. La experiencia le había enseñado que era absurdo proponerse robar una caja de oro, sino se sabía abrir para desocuparla á manos llenas. Además, como todo dependencia de esta primera entrevista, Camaille puso especial

cuidado en tratarla cariñosamente, con el fin de llegar al colmo de sus aspiraciones. Así es que cuando se presentó ante ella, lo hizo de un modo humilde y respetuoso, como un enamorado que espera merecidas convenciones.

Maria estaba sofocada por los sollozos, que trataba de comprimir, y Camaille parecía buscar en su mente palabras que pudiesen consolarla en su dolor.

—Señorita, dijo por fin; me atreveré á reivindicar vuestra estimación... vuestro amor... vuestra piedad... en fin... ¿Me perdonareis?... y se arrojó á los pies de Maria.

—¿Sois acaso culpable? respondió la jóven que había vuelto á recobrar su energía.

—Mas de lo que creéis, sin duda.... pero os amo.... sois mi vida... mi consuelo... mi salvación...

—¿Quién sois, pues, caballero, y qué habeis hecho de mi querido padre?

—Nada temais, encantadora jóven; vuestro padre ha llegado ya á Tolon, y como indudablemente estará inquieto por vuestra suerte, creo preciso para consolarle que le escribais una carta que haré llegar á sus manos por uno de mis criados.

—¿Queréis hacerlo?

—Sí, lo antes posible.

Camaille se levanta, y de una mesa inmediata tomó una hoja de papel y una pluma.

—Tomad, señorita; escribid solamente estas palabras:

«Mi querido padre:

»No deis paso alguno para saber mi paradero. En el coche que los bandidos han robado, se hallaba un hombre á quien amo; estoy segura á su lado. Mas tarde bendicireis nuestra unión.»

—Mas... yo no puedo escribir eso! exclamó la simpática Maria.

—Es preciso, señorita.

¡Jamás! caballero.

—En nombre del amor que por vos siento, escribid, dijo el astuto Camaille, con voz suplicante y conmovida.

—No os conozco, caballero... yo... no os amo...

—Escribid, repito, os lo ruego, sino por amor por piedad.

—¡Por piedad! repitió la jóven; y acaso vos teneis piedad de mi, que tan violentamente me separásteis de mi padre, que me habeis encerrado en esta habitación... donde sin duda no he sido la primera...

—Y bien! si no es por piedad de mi, que sea por vos... porque os interesa tranquilizar á vuestro padre... y á mí me importa que no haga indagaciones para buscaros

—¿Quién sois, entonces, caballero?

—Lo sabreis mas tarde; poned lo que os dicto: en ello va mi dicha y vuestra salvación.

Camaille arrodillase de nuevo á los pies de la bella

Maria, suplicándole con tanto interés y ardor, que al fin venció su resistencia.

Cuando hubo escrito y firmado la carta, Camaille se dijo: «después que el armador lea esta misiva, cesará toda pesquisa.»

—Ahora me direis lo que debo esperar, ó lo que debo temer; me direis quien sois y cuales son vuestras intenciones....

—Señorita, respondió Camaille aproximándose á Maria tomándola una de sus manos; creed en mi amor, y si creéis en él, ¿sereis bastante benévola para no maldecirme cuando os haya revelado quien soy? Desde el instante que os ví en Marsella, no cesé de pensar en vos. Habré debido quizás borrar este pensamiento, porque mi corazón es indigno del vuestro; pero os amo con frenesí, y creo que esta llama que por primera vez abrasa mi alma, debe haber purificado todos mis delitos; os adoro, y espero que este amor tan puro debe absolverme á vuestros ojos.

Al pronunciar estas palabras, el jefe de los bandidos tenia en su fisonomía algo de ideal.

III.

Camaille tenia entonces treinta años; en su mirada fascinadora, á la par que melancólica, habia algo extraño que hacia estremecer; era una de esas miradas que lo mismo podia inspirar amor que desconfianza.

La pobre Maria se hallaba anonadada delante de este hombre, que le fascinaba á la vez, con sus palabras y su mirada.

—Caballero, se atrevió, en fin, á decirle con timidez, todo en esta habitacion aumenta mi natural espanto: esas ventanas cerradas con fuertes rejas, esas puertas secretas, ese silencio que me rodea, unido á vuestras extrañas palabras que no comprendo, me obligan á preguntaros: ¿quién sois, caballero?

—¿Quién soy? murmuró Camaille; un desgraciado que os ama... un hombre que no puede revelar su nombre hasta tener la seguridad de que vos correspondereis á la pasión que le devora.... de que le amais...

—Mi amor... ¿puedo tenerlo á un hombre que solo se ha hecho acreedor á mi odio, ¿qué digo?... á mi desprecio... Soy libre, continuó la bella jóven con energía recobrada súbitamente: abrid esas puertas, dejadme volver al lado de mi familia, y entonces, dueña de mi misma, tendreis derecho á mi aprecio... quizás á mi amor.

—Cuando sepais quien soy, respondió Camaille dulcemente, comprendereis que no puedo ponerme en libertad á cambio de vuestro amor... Habeis tenido la desgracia de agradarme y yo la de amaros; no abrigo la intencion de violentaros en nada. Si vuestro corazón no puede unirse al mio, devoraré mi amor en silencio. Aqui nada os faltará; pero ya no podreis volver á gozar de los encantos del mundo.

—En ese caso, caballero, exclamó la señorita Rolland, pálida de cólera, es un secuestro infame lo que

me guardaba vuestro amor... es una accion baja y traidora lo que esa pasión os inspira...

—No soy ni cobarde ni traidor, querida jóven, soy... Juan no se atrevió á continuar.

En este momento sus ojos demostraban una dulce melancolía. Estaba al lado de la jóven como un criminal á los pies de su juez.

De repente las lágrimas se deprenden de sus dilatadas pupilas, y esclama con acento delirante:

—Jurame de que nunca me maldecireis, y os diré quien soy.....

—Pero, ¿quién sois pues? exclamó Maria á quien aquel acento, aquellas lágrimas, aquella mirada acababa de inspirarle mas confianza que miedo, mas amor quizás que espanto.

—Soy, respondió Camaille con una fiera trágica, soy el jefe de una sociedad de bandoleros.

Apenas el bandido habia pronunciado estas palabras, cuando sintió una voz de afuera que le llamaba.

Camaille se aproximó á la puerta principal dejando á Maria abandonada en su dolor, por el espanto que le habia causado esta súbita revelación.

—¿Quién es? dijo Camaille al hombre que acababa de llamarle.

—Un mendigo que quiere hablaros sin perder momento.

—¿Es de los nuestros?

—No sé, no ha dado la consigna.

—Es sin duda un desgraciado, dijo el jefe de los bandidos dirigiéndose hácia la reja del castillo; los pobres saben que en casa de Camaille no se hacen desear las limosnas: veamos lo que quiere.

El mendigo permanecia inmóvil al otro lado de la reja.

En cuanto Camaille lo apercibió, no pudo menos de esclamar:

—Diablo, diablo, es Jacobí el mendigo; preciso es que sea portador de una grave noticia cuando se atrevió á venir en pleno día contraviniendo al reglamento.

—Paz y gloria sobre vos, señor, dijo el mendigo.

—Paz, gloria y fortuna; entrad, Jacobí, respondió Camaille abriendo.

En seguida que entró el mendigo se cerró la reja.

—¿Qué ocurre?

—Señor, que Monsieur Rolland, ha armado un alboroto infernal porque le ha sido robada su hija.

—A estas horas endonde se encontrará?

—Debe salir hoy para Marsella, y crei urgente venir á advertiroslo.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo, porque pedí limosna en la casa en que fué á parar y he visto el coche que debe conducirlo.

—¡Hola!... ¡he!... ¡uno! exclamó Camaille.

Un domestico apareció.

—¡Pronto! que ensillen mi mejor caballo; es necesario que Baltasar llegue esta noche á Marsella. Tomad una carta que entregareis á Tonio el calderero napo-

jitano, para que este la haga llegar á manos del armador Mr. Rolland.

—Gracias, valiente Jacobí, ves á la repostería á tomarlo que te apetezca porque creo tendrás necesidad de reponerte.

(Se continuará.)

REDENCION

POR

AURELIANO J. PEREIRA.

(Continuación.)

Capítulo III.

CONVERSACIONES.

Después de haber salido de la habitación Miguel y Julian, pasó un largo rato sin que ninguna de las tres mujeres dijese una palabra. D.^a Cándida, que, con la experiencia que dan los años á toda persona de regular inteligencia, habia comprendido por las miradas que ambos cruzaran, que debia existir algun conocimiento anterior entre Celia y Julian meditaba acerca de ello.

Celia, aturdida todavia con la inesperada presencia de Medina, no podia siquiera darse cuenta de donde estaba, tal era el cúmulo de ideas que se agolpaban á su imaginación.

Valentina la hermana de Miguel, reservada por carácter y muy niña tambien, callaba porque callaban las demás.

Por fin D.^a Cándida dirigiéndose á Celia dijo:

—Celia, puedes seguir leyendo.

La jóven cojió el libro, le abrió diferentes veces por otros tantos sitios y después de hojearlo comenzó á leer.

A los pocos renglones exclamó Valentina.

—Pero Celia, si eso ya le hemos oido. Si estás volviendo atrás.....

D.^a Cándida, mirando de reojo á Celia, la vió aturdirse aun mas y dijo entonces:

—No, no leamos mas; va siendo ya hora de comer.

Casi al mismo tiempo se oyeron pasos, y Miguel solo, entró en la sala.

Al ruido, Celia, levantó la cabeza, miró hácia la puerta y exhaló un profundo suspiro, sin duda en su interior se alegraba de que Miguel viniese solo.

—Y Julian? preguntó D.^a Cándida.

—Julian queda con otros amigos en la fonda pero vendrá á la noche por aquí. Aunque no viva con nosotros no por eso dejará de visitarnos con frecuencia.

Y Miguel miraba con intencion á Celia. Esta se habia puesto á la ventana y miraba con atencion á la calle, sin perder por eso ni una sílaba, ni un movimiento de Miguel.

—Entonces sinó viene ahora podremos comer nosotros, añadió la anciana.

—Cuando V. quiera, mamá.

—Vamos, pues.

D.^a Cándida dió las órdenes necesarias y diez minutos mas tarde sentábanse todos á la mesa.

Hasta mitad de la comida observose por todos el mas profundo y extraño silencio, pues todos los demás dias Miguel estaba continuamente en bromas con su hermana y prima.

Ninguno comia apenas: el jóven preocupado por varias causas, ni oia, ni veia y en su imaginación pensaba solamente en su amigo Julian. Las tres mujeres tampoco comian ni hablaban, D.^a Oándida y Celia por lo que hemos dicho anteriormente, y la niña Valentina por que sin saber el motivo, participaba tambien de la desazon general.

Sin embargo á mas de la mitad de la comida Miguel levantó la mirada que hasta entonces tuviera fija en el plato, y dirigiéndose á su madre preguntó:

—Mamá, que variaciones ha notado V. hoy en Julian?

—Yó, ninguna, hijo mío,

—Como ninguna? No ha reparado V. en su semblante, las profundas ojeras, el empañado brillo de sus ojos, la especial melancolia de su voz y en fin, la variación total de su carácter.

—Exageras, Miguel; no comprendes Miguel que hace ya diez años que no hemos visto á Julian, que cuando se fué era un niño, y que el tiempo ha pasado y no en vano? No has variado tu mismo?

—No, madre, no. Yo no me engaño; amo á Julian casi tanto como á mi hermana Valentina: mi corazón es hermano tambien del suyo, nuestras almas son gemelas; pues bien, desde esta mañana, una tristeza extraña se ha apoderado de mi sin causa justificada, y mi corazón está oprimido por mi desconocido pesar. Julian ha sufrido mucho, madre, pero mucho: yo aseguro á V. que en su vida hay mas de una página dolorosa, triste. El no me lo ha dicho, pero yo lo adivino.

Miguel hizo una pausa.

—Julian, siguió, ha ido á Madrid, jóven, entusiasmado, llena su ardiente fantasia de bellas ilusiones, y vuelve hoy moralmente, viejo, frio, escéptico, que se yó! Indudablemente ha sufrido muchos desengaños que han acibarado su corazón quebrantando sus sentimientos. ¡Quien sabe cual será la historia de Julian en estos diez años! Tal vez una cadena de dolores, de tristezas, de desengaños; un infierno en fin!

En esto habian acabado de comer.

Valentina y Celia cojidas del brazo, salieron para el jardín, y madre é hijo quedaron solos.

Reinó un momento de silencio.

—Madre! dijo él. Ha preguntado V. á Celia si habia visto antes de ahora á Julian.

—No.

—Pues bien: voy á decir á V. lo que pienso. Entre Julian y Celia existe una historia íntima, un lazo que los une.

—Y en que te fundas para hacer esa aseveracion?

—En que me fundo? Crei que V. con su experiencia lo habia conocido tambien. Julian viene triste, herido de muerte, moralmente hablando: al entrar á ver á V. miráronse los dos, ella y él, y ambos palidieron: no cabe duda, pues, de que se conocian de antes; podré equivocarme en esto, pero espero salir pronto de dudas. Si Julian me estima como antes, ha de confiarme todas sus penas. Esperemos.

En este momento un criado se presentó en la puerta y dijo:

—Un caballero aguarda á V. en su gabinete, señorito.

—Voy, contestó Miguel, y se levantó, saliendo de la habitacion despues de decir á su madre.

—Es él.

(Se continuará.)

LA AUSENCIA.

La suerte infausta de mi hogar me aleja,
patria querida, á Dios,
en ti queda mi bien, y mi esperanza,
mis dichas y mi amor.

Dulces amigos de la edad primera,
no me olvideis, no,
muger que adoro con afan ardiente,
no mates mi ilusion.

¡Quien sabe si algun dia venturoso,
á tí volveré yo!
hasta entonces, conserva tu recuerdo
mi amante corazon.

¡Ay! ya pasaron años,
vuelvo á mi hogar, allí todo cambió,
los amigos, perdieron mi recuerdo,
ella, me hizo traicion.

¡Ay! que solo encontré una pobre anciana,
que en acerbo dolor,
cuando marché lloraba sin consuelo
sobre mi corazon.

Y que hoy llora tambien, muger querida,
mas con dulce emocion,
esa es mi madre, mi adorada madre
que ella.... no me olvidó.

J. Millan Astray.

ILUSION.

¡Que bien sabes finjir! Con que ternura
Al ver mi devanéo
Consuelas con tus gracias la amargura
Que mi alma siente en su eternal deséo.

Sigue fingiendo así.... sigue, que en tanto,
Dure tu fingimiento
Secáranse las fuentes de mi llanto,
Seré insensible y viviré contento.

Leonardo Mármol.

Á NIEVES.

Nieves: es tu cabello
Diadema de oro
Que del orbe te aclama
Reina y tesoro;
Y sus reflejos,
Como del sol los rayos,
Hieren de lejos.

Tus ojos los mas lindos
De Andalucía,
Se atraen de una mirada
La simpatia,
Su luz suave,
Al amor, en las almas,
Sirve de llave.

Tus manitas de nardo
Y de azucena
Al corazon imponen
Dulce cadena,
¡Ay, quien lograra
Que cadena tan dulce
Le esclavizara!

Precioso guarda joyas
Es tu boquita,
Pues guarda tanta perla
Tan menudita.
¡Qué hermoso nido
En tus labios de rosa
Tendrá Cupido!

De tu voz de querube,
Las inflexiones
Subyugan y arrebatan
Los corazones.
¡Dios te ha formado
No hay duda para reina
De lo creado!

Tomás Fernandez de Castro.

Cádiz 1875.

A AMELIA.

ANACREONTICA.

El céfiro que gime
con blanda melodia
y á su acorde armonia
con leve son agítase
el pálido cristal;
No me es ¡ay no! tan grato
cual tu divino aliento,
auras de sentimiento
que vierte melancólico
tu lábio de coral.

Y cuando el Sol rutila
con nítidos colores
y mágicos fulgores
en las nubes reflejanse
de líquido arrebol;
No calma la tortura
del hombre que te adora
como la plácida hora
en que tu mirar lánguido
conmueve el corazon.

Y si de blando arroyo
escucho el murmurio,
no toma al pecho mio
aquella dicha insólita
de mas feliz edad.
Ni el sonreír canoro
de cristalina fuente
puede alhagar mi mente
cual tu sonrisa dúlcida
consuela mi penar.

Ni el trino de las aves
en la umbrosa enramada
á mi alma apesarada
concédele ni un átomo
de efímero placer;
Que tu puedes tan solo
con tu acento armonioso,
cual eco misterioso
de un ser celeste y cándido,
enagenar mi ser.

Y la floresta amena
que dora la alborada,
la tierra matizada
con que la mano pródiga
dió al hombre su soláz;
No toruan, no, á mi pecho
la bonancible calma,
los sentimientos lúgubres
que aspira sin cesar;
Que en su dolor sombrío
y en su letal quebranto
tan solo el dulce llanto
en su sufrir consuélele
y alivia su penar

Nicolás Taboada Fernandez.

Vigo 1875.

FLORES Y MUJERES.

(Pensamiento.)

Brota lozana la rosa
Que verde tallo sustenta;
Con su aroma se alimenta
La brisa que la mecía.
Crece la dalia pintada
Con matizados colores,
Ostentando los primores
Que la luz allí dejó.
Mas fáltale la fragancia,
Bello encanto de las flores,
Por eso, con sus colores
Vale tan poco en rigor.
Así, la muger que sabe
Mantenerse virtuosa,
Es bella como la rosa,
Si no, dália sin valor.

E. A. V. R.

Santiago, 1875.

MISCELÁNEA.

*Solucion á la charada del número anterior,
SOTABANCO.*

Idem á la fuga de consonantes, Cantar.

Muchas han sido las niñas
que me han producido enojos,
pero nunca tan crueles
cual las niñas de tus ojos.

(Del Tío Conejo.)

Idem al pasatiempo,

ARISTÓTELES, ARISTIDES.

Nos han favorecido con soluciones, las apreciables señoritas, M. de Sabater, Lola Carré, D. M. y J. R.

Solucion á la charada en salto de caballo del núm. 11.

Es primera una letra,
prima y dos hace el agua,
hace tres cuatro quien juega,
siempre dos tres el que laba:
Hace la oveja tres dos,
y prima tres el que labra,
nota musical segunda;
en huertas mi todo hallas.

Calabaza.

Idem al pasatiempo.

ALABARCA.

Título del primer magistrado de los judios en Alejandria. Tambien lo es del recaudador de los derechos de entrada sobre los ganados en dicha ciudad.

Ha remitido solucion exacta la señorita D.^a Filomena Lopez, á quien se le adjudicó el regalo consistente en la preciosa ópera para piano *Roberto il diablo*.

CHARADA.

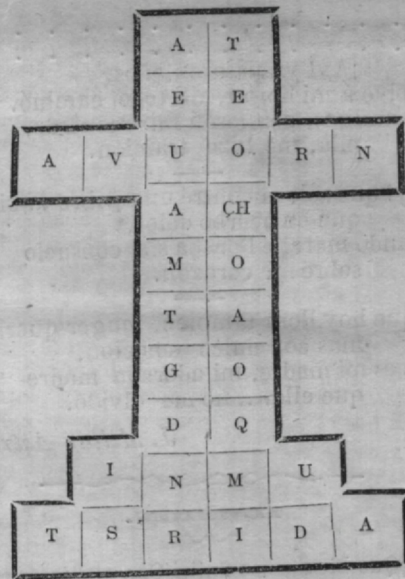
Primera está en el convento
dos y tercia en el molino,
y mi todo es en la guerra
un momento repentino.

Madrid.

A. G. T.

PASATIEMPO.

Presentado por M. de Sabater.



Formar dos nombres y un apellido de tres personas célebres de la edad media.

CORRESPONDENCIA DE LA LIRA.

Betanzos.—Don. M. R.—Recibidos tres pesetas, abonado hasta fin Setiembre.
Vigo.—Don J. C.—Recibidas tres pesetas.
Santiago.—Srta. Doña E. B.—Recibidas tres pesetas, abonado hasta fin Julio.
Vivero.—Don J. F.—El Sr. C. entregó lo que decías en carta. --